

El remanente: en el pasado y en el presente

Charles Henry MACKINTOSH

biblicom.org

Índice

1 - El remanente en los tiempos del Antiguo Testamento	3
2 - El remanente en el Nuevo Testamento	11

Seguir, a través de las Escrituras, la historia de lo que se conoce como el remanente, es, además de interesante, muy instructivo y alentador. Podemos señalar desde el principio que la existencia misma de un remanente demuestra el fracaso del testimonio visible o cuerpo profeso, ya sea judío o cristiano. Si todos fueran fieles, naturalmente no habría ninguna razón moral para que exista un remanente, ninguna necesidad de distinguir a unos pocos del cuerpo general de profesos. El remanente, en todos los tiempos, se halla constituido por aquellos que reconocen y sienten el fracaso y la ruina comunes, y que cuentan con Dios y se aferran a su Palabra. Estas son las grandes marcas que caracterizan al remanente en todas las épocas. Hemos fallado, pero Dios permanece fiel, y su misericordia es desde la eternidad para la eternidad.

A medida que sigamos las huellas del remanente en los tiempos del Antiguo Testamento, veremos que cuanto más decadente es la condición moral del pueblo, más rico es el despliegue de la gracia divina, y que cuanto más profundas son las tinieblas morales, más intenso es el brillo de la fe individual. Esto está cargado del más bendito estímulo para todo fiel hijo de Dios y siervo de Cristo que reconozca y sienta el naufragio y la irremediable ruina de toda la iglesia profesa. Es algo indeciblemente alentador para toda alma fiel estar segura de que, por más que la Iglesia haya fracasado, tiene el privilegio de gozar individualmente de una tan plena y preciosa comunión con Dios, y de andar en una senda de obediencia y bendición tan elevada como en los días más brillantes de la historia de la Iglesia. Veamos algunos ejemplos en las Escrituras.

1 - El remanente en los tiempos del Antiguo Testamento

En [2 Crónicas 30](#), tenemos el confortante y alentador relato de la Pascua celebrada en los tiempos de Ezequías, cuando la unidad visible de la nación no existía más y cuando todo estaba en ruina. No citaremos todo el pasaje, por interesante que sea, sino que solo leeremos las líneas finales en relación con nuestro tema: «Hubo entonces gran regocijo en Jerusalén; *porque desde los días de Salomón hijo de David rey de Israel, no había habido cosa semejante en Jerusalén*» (v. 26). Aquí tenemos, pues, una hermosa ilustración de la gracia de Dios reuniendo a aquellos de entre su pueblo que reconocieron su fracaso y sus pecados y asumieron su verdadero lugar de humillación en Su presencia. Ezequías y aquellos que estaban con él estaban

plenamente convencidos de su pobre condición y, en consecuencia, no se atrevieron a celebrar la Pascua en el mes primero. Ellos se valieron de las provisiones de la gracia, como aparecen en Números 19, y celebraron la fiesta en el mes segundo. «Porque una gran multitud del pueblo... no se habían purificado, y comieron la pascua no conforme a lo que está escrito. Mas Ezequías oró por ellos, diciendo: Jehová, que es bueno, sea propicio *a todo aquel que ha preparado su corazón para buscar a Dios*, a Jehová el Dios de sus padres, aunque no esté purificado según los ritos de purificación del santuario. Y oyó Jehová a Ezequías, y sanó al pueblo» (v. 18-20).

Vemos aquí la gracia de Dios reuniendo –como lo hace siempre– a aquellos que confesaron sinceramente sus fracasos y su debilidad. No había allí ninguna arrogancia ni pretensión, ninguna dureza de corazón ni indiferencia. Ellos no buscaron encubrir su verdadera condición ni semejar que todo estaba bien; no, ellos asumieron su verdadero lugar de humillación, y se abalanzaron sobre esa gracia inagotable que nunca deja sin consuelo a un corazón contrito. ¿Cuál fue el resultado?: «Así los hijos de Israel que estaban en Jerusalén celebraron la fiesta solemne de los panes sin levadura por siete días *con grande gozo*; y glorificaban a Jehová todos los días los levitas y los sacerdotes, cantando con instrumentos resonantes a Jehová. Y habló Ezequías al corazón de todos los levitas que tenían buena inteligencia en el servicio de Jehová. Y comieron de lo sacrificado en la fiesta solemne por siete días, ofreciendo sacrificios de paz, y dando gracias a Jehová el Dios de sus padres. Y toda aquella asamblea determinó que celebrasen la fiesta por otros siete días con alegría» (v. 21-23).

Ahora bien, podemos estar seguros de que todo esto fue muy grato al corazón de Jehová, el Dios de Israel. La debilidad, el fracaso y las faltas eran patentes. Exteriormente, las cosas eran muy diferentes de lo que habían sido en los días de Salomón. Sin duda, muchos habrán considerado presuntuosa la actitud de Ezequías de convocar semejante asamblea bajo las circunstancias que se vivían. Ciertamente se nos dice que su preciosa y conmovedora invitación fue objeto de burla y risas por toda la tierra de Efraín, de Manasés y de Zabulón. ¡Lamentablemente, esto ocurre demasiado a menudo! Los actos de fe no se comprenden porque la preciosa gracia de Dios no se comprende.

Sin embargo, «una gran multitud del pueblo de Efraín y Manasés, y de Isacar y Zabulón» vinieron a Jerusalén». Fueron ricamente bendecidos por venir a celebrar una fiesta que no se había celebrado en Jerusalén desde los días de Salomón al modo que está escrito. No hay límite para la bendición que la gracia tiene reservada para el corazón contrito y humillado. Si todo Israel hubiese respondido al patéti-

co llamado de Ezequías, habría participado de la bendición; pero ellos tuvieron un corazón inquebrantable y, en consecuencia, no fueron bendecidos. Todos debemos recordar esto; seguramente encierra una voz y una lección necesarias para nosotros. ¡Oigamos y aprendamos!

Ahora pasaremos a considerar *el reinado del piadoso y devoto rey Josías*, cuando la nación se hallaba en vísperas de su disolución. Aquí tenemos una muy notable y hermosa ilustración de nuestro tema. Tampoco es nuestro objetivo aquí considerar los detalles, pues ya lo hicimos en otra oportunidad. [1] Solo citaremos las últimas líneas del pasaje: «Y los hijos de Israel que estaban allí celebraron la pascua en aquel tiempo, y la fiesta solemne de los panes sin levadura por siete días. *Nunca fue celebrada una pascua como esta en Israel desde los días de Samuel el profeta; ni ningún rey de Israel celebró pascua tal como la que celebró el rey Josías*; con los sacerdotes y levitas, y todo Judá e Israel, los que se hallaron allí, juntamente con los moradores de Jerusalén. Esta pascua fue celebrada en el año dieciocho del rey Josías» (2 Crón. 35:17-19).

[1] N. del T. – El autor se refiere al artículo titulado: *El poder y la autoridad de las Santas Escrituras, ilustrados en la vida y los tiempos de Josías*.

¡Qué notable testimonio! En la Pascua de Ezequías, somos transportados hasta el esplendoroso reinado de Salomón; pero aquí tenemos algo más brillante todavía. Y si se nos preguntase qué fue lo que arrojó semejante aureola de gloria sobre la Pascua de Josías, contestamos que nosotros creemos que se debió al hecho de ser el fruto de una santa y reverente obediencia a la Palabra de Dios en medio de tan abundante ruina y corrupción, de error y de confusión. La actividad de la fe de un corazón obediente y devoto, fue puesto de relieve por el oscuro fondo de la condición moral del pueblo.

Todo esto está lleno de consuelo y aliento para todo aquel que ama de corazón a Cristo. Muchos pueden haber pensado que era una gran presunción de parte de Josías, proceder de la manera que lo hizo, en semejante momento y bajo tales circunstancias. Pero era todo lo contrario a la presunción, como lo demuestra el bendito mensaje enviado al rey por el Señor a través de la boca de Hulda, la profetisa: «Jehová el Dios de Israel ha dicho así: Por cuanto oíste las palabras del libro, y *tu corazón se conmovió, y te humillaste delante de Dios* al oír sus palabras sobre este lugar y sobre sus moradores, y te humillaste delante de mí, y rasgaste tus vestidos y lloraste en mi presencia, yo también te he oído, dice Jehová» (2 Crón. 34:26-27).

Tenemos aquí la base moral de la notable carrera de Josías, y, seguramente, no vemos en ella nada que tuviera traza de presunción. Un corazón contrito, ojos llorosos y vestidos rasgados no son indicios de presunción ni de confianza propia. No; estas cosas son los preciosos resultados de la acción de la Palabra de Dios en el corazón y en la conciencia, que produce una vida de profunda devoción personal, cuya contemplación está llena de consuelo y edificación para nosotros. ¡Ojalá que ello abunde más y más entre nosotros! El corazón verdaderamente lo anhela; y ojalá que la Palabra de Dios resuene en todo nuestro ser moral, de tal manera que en vez de conformarnos a la condición de cosas que nos rodea, podamos elevarnos por encima de ellas para caminar sobre ellas como testigos de la eterna realidad de la verdad de Dios y de las imperecederas virtudes del nombre de Jesús.

Pero debemos dejar atrás la interesante historia de Josías y presentar al lector más ilustraciones que confirman nuestro tema. Tan pronto como este amado siervo de Dios abandonó la escena de este mundo, toda traza de su bendecida obra desapareció, y la ascendente marea del juicio –contenida durante todo ese tiempo por la paciente misericordia de Dios– arrasó entonces la tierra elegida. Jerusalén quedó convertida en ruinas, el templo fue consumido por las llamas y todos los que pudieron escapar de la muerte fueron llevados cautivos a Babilonia. Allí colgaron sus arpas sobre los sauces y derramaron sus lágrimas por el brillo empañado de sus días pasados (véase el Sal. 137).

Pero –bendito sea por siempre el Dios de toda gracia– Él jamás se deja a sí mismo sin testimonio. Por ello, durante el largo y penoso *período de la cautividad*, encontramos pruebas muy notables y bellas de la verdad que ya afirmamos, a saber, que cuanto mayor es la ruina, más rica es la gracia, y que cuanto más profundas son las tinieblas morales, más brillantes se tornan los rayos de la fe individual. Hubo entonces, como siempre, «un remanente según la elección de la gracia» (Rom. 11:5); un puñado de hombres devotos que amaban al Señor y fueron fieles a su Palabra en medio de la corrupción y de las abominaciones de Babilonia; hombres dispuestos a afrontar el horno de fuego y el foso de los leones antes que faltar a la verdad de Dios.

Los primeros capítulos del *libro de Daniel* nos muestran algunos magníficos resultados de la fe y de la devoción individual. Consideremos, por ejemplo, el capítulo 2. ¿Dónde vemos en la historia del pueblo de Israel, un hecho más sorprendente que el que se registra aquí? El más grande monarca de la tierra se postra a los pies de un exiliado cautivo y rinde este maravilloso testimonio: «El rey habló a Daniel y dijo: Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio» (v. 47).

Pero, ¿dónde obtuvo Daniel el poder para revelar el misterio del rey? Los versículos 17 y 18 nos dan la respuesta: «Luego se fue Daniel a su casa e hizo saber lo que había a Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros, para que pidiesen misericordias del Dios del cielo sobre este misterio». Aquí tenemos una reunión de oración en Babilonia. Estos queridos hombres de Dios eran de un solo corazón y de una misma mente. Fueron unánimes en su decisión de rehusar la comida y el vino del rey. Habían resuelto, por la gracia de Dios, seguir juntos la santa senda de la separación, aunque estuviesen cautivos en Babilonia, lejos de su país, y entonces se reunieron para orar, y obtuvieron una respuesta notable.

¿Puede haber algo más excelente que esto? ¿Qué consuelo para el amado pueblo del Señor, en los días más oscuros, asirse con tesón de la Palabra de Cristo y no negar su precioso nombre! ¿No es de lo más alentador y edificante hallar durante esos lóbregos días de la cautividad en Babilonia un puñado de hombres fieles andando en santa comunión en el camino de la separación y de la dependencia? Ellos permanecieron fieles a Dios en el palacio del rey, y Dios estuvo con ellos en el horno de fuego y en el foso de los leones, y les confirió el elevado privilegio de estar ante el mundo como siervos del Dios Altísimo. Rehusaron la comida del rey; no quisieron adorar la imagen del rey; guardaron la Palabra de Dios y confesaron su nombre sin medir en absoluto las consecuencias. No dijeron: *“Debemos ponernos a tono con los tiempos; hacer lo que todo el mundo hace; no hace falta aparecer como extraños ante los demás; debemos someternos exteriormente al culto público, a la religión oficial del país, guardando para nosotros mismos nuestras opiniones personales; no somos llamados a oponernos a la fe de la nación. Si estamos en Babilonia, debemos conformarnos a la religión de Babilonia”*.

Gracias a Dios, Daniel y sus amados compañeros no adoptaron esta política detestable y acomodaticia. No; y, es más, tampoco esgrimieron el pretexto del completo fracaso de Israel como nación con el objeto de hacer descender el nivel de la fidelidad individual. Ellos sintieron esta ruina, y no podían menos que sentirla. Confesaron sus pecados y el pecado de la nación toda; sintieron que no les convenía otra cosa que el cilicio y las cenizas; pusieron todo su ser moral bajo el peso de estas solemnes palabras: «Te perdiste, oh Israel» (*Oseas 13:9*). Todo esto, lamentablemente, era muy cierto. Pero no constituía una razón para contaminarse con la comida del rey, adorar su imagen o renunciar al culto debido al único Dios vivo y verdadero.

Todo esto está lleno de preciosísimas enseñanzas para todo el pueblo del Señor en la actualidad. Existen dos males principales contra los cuales debemos estar en guardia. En primer lugar, debemos guardarnos de la pretensión eclesiástica, es decir,

de jactarnos de tener una posición eclesiástica sin una conciencia ejercitada y sin el santo temor de Dios en el corazón. Se trata este de un mal terrible respecto del cual todo amado hijo de Dios debería velar con la mayor diligencia. Nunca debemos olvidar que la Iglesia profesa está arruinada por completo y de forma irreversible, y que todo esfuerzo por restaurarla no es sino una vana ilusión. No somos llamados a organizar un cuerpo, y de ahí que no tengamos la competencia para ello. El Espíritu Santo es quien organiza el Cuerpo de Cristo.

Pero, por otro lado, no debemos aducir como pretexto la ruina del testimonio de la Iglesia para debilitar la verdad o para descuidar nuestro andar personal. Corremos gran peligro de caer en estas cosas. No hay ninguna razón para que un hijo de Dios o un siervo de Cristo haga o apruebe lo que está mal o continúe un solo instante asociado con lo que no cuente con la autoridad de: «Así ha dicho Jehová» (*Amós 5:16*). ¿Qué dice la Escritura? «Apártese de la iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor» (*2 Tim. 2:19*). ¿Y qué se debe hacer después? ¿Permanecer solos? ¿No hacer nada? ¡Oh no, gracias a nuestro benévolo Dios! Hay un camino: seguir «la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón puro invocan al Señor» (v. 22), un corazón fiel a Cristo y a sus intereses.

Pero debemos proseguir con nuestro tema, por lo que solicitaremos al lector que se remita al *capítulo 8 de Nehemías*. Hemos considerado al remanente antes del cautiverio y durante este período; y ahora lo veremos en su amada tierra tras su retorno del destierro, hecho que fue posible merced a la rica misericordia de Dios. No es nuestro propósito considerar los detalles; nos bastará considerar un solo hecho de inmensa importancia para toda la Iglesia de Dios en el día de hoy, el cual ayudará a esclarecer nuestro tema. Citaremos algunos versículos de este hermoso pasaje de las Escrituras: «Y leían en *el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura...* Al día siguiente se reunieron los cabezas de las familias de todo el pueblo, sacerdotes y levitas, a Esdras el escriba, *para entender las palabras de la ley*. Y hallaron escrito en la ley que Jehová había mandado por mano de Moisés, que habitasen los hijos de Israel en tabernáculos en la fiesta solemne del mes séptimo... Y toda la congregación que volvió de la cautividad hizo tabernáculos, y en tabernáculos habitó; porque *desde los días de Josué hijo de Nun hasta aquel día, no habían hecho así los hijos de Israel*. Y hubo alegría muy grande. Y leyó Esdras en el libro de la ley de Dios cada día, desde el primer día hasta el último; e hicieron la fiesta solemne por siete días, y el octavo día fue de solemne asamblea, según el rito» (v. 8-18).

Esto es muy llamativo. Aquí encontramos un endeble remanente reunido en torno

a la Palabra de Dios para orar y procurar entender la verdad y sentir su poder en el corazón y en la conciencia. ¿Cuál fue el resultado? Nada menos que la celebración de la fiesta de los tabernáculos, la cual nunca había sido celebrada desde los días de Josué, hijo de Nun. Durante todo el tiempo de los jueces, durante los días de Samuel, el profeta, y de los reyes, aun durante los gloriosos reinados de David y de Salomón, la fiesta de los tabernáculos jamás había sido celebrada. Una débil compañía de exiliados que había regresado a su tierra tuvo el privilegio de celebrar esta preciosa y magnífica fiesta –tipo del glorioso porvenir de Israel– en medio de las ruinas de Jerusalén.

¿Era esto presunción? De ninguna manera; era simple obediencia a la Palabra de Dios. Se hallaba escrito en «el libro de la ley de Dios»; escrito para ellos, y ellos obraron de acuerdo con lo que estaba escrito, «y hubo alegría muy grande». No había ninguna pretensión, no se creían ser algo, no se jactaban ni tampoco buscaban encubrir su verdadera condición. No eran más que un pobre remanente, débil y despreciado, tomando su lugar de humillación, quebrantados y contritos, confesando sus fracasos y sintiendo profundamente que ellos no eran como el pueblo en los días de Salomón, de David y de Josué. Mas ellos oyeron la Palabra de Dios, oyeron y entendieron; se sometieron a su santa autoridad y observaron la fiesta, «y hubo alegría muy grande». Esta, seguramente, constituye otra notable y bella ilustración de nuestro tema, a saber, que cuanto más grande es la ruina, tanto más rico es el despliegue de la gracia, y cuanto más profundas son las tinieblas, más luminoso es el resplandor de la fe individual. En todos los tiempos y en todos los lugares, el corazón contrito que confía en Dios halla una gracia infinita e inconmensurable.

Dirijámonos ahora, por un momento, al final del Antiguo Testamento, al profeta **Malaquías**. Muchos años habían pasado desde los brillantes días de Esdras y Nehemías, y aquí nos encontramos con un cuadro muy triste de la condición en que había caído Israel. ¡Ay!, qué rápido se había seguido el “*camino descendente*”. La triste historia se repite: «Te perdiste, oh Israel». Leamos algunos versículos: «En que ofrecéis sobre mi altar pan inmundo. Y dijisteis: ¿En qué te hemos deshonrado? En que pensáis que la mesa de Jehová es despreciable... ¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o alumbré mi altar de balde? Yo no tengo complacencia en vosotros, dice Jehová de los ejércitos, ni de vuestra mano aceptaré ofrenda... Y vosotros lo habéis profanado cuando decís: Inmunda es la mesa de Jehová, y cuando decís que su alimento es despreciable. Habéis además dicho: ¡Oh, qué fastidio es esto! y me despreciáis, dice Jehová de los ejércitos; y trajisteis lo hurtado, o lo cojo, o enfermo, y presentasteis ofrenda. ¿Aceptaré yo eso de vuestra mano? dice Jehová»

(cap. 1:7, 10, 12-13. Véase también el cap. 3:5-9).

¡Qué deplorable situación! Contemplantlo nos llena de tristeza. La adoración pública de Dios, despreciada; los ministros religiosos trabajando solo por un salario; venalidad y corrupción involucradas en el santo servicio de Dios; toda suerte de depravación moral practicada por el pueblo. En resumidas cuentas, era una escena de profundas tinieblas morales, en extremo desalentadora para todos los que velaban por los intereses del Señor.

Y, sin embargo, en medio de esta terrible escena, tenemos una muy conmovedora y exquisita ilustración de nuestro tema. Como siempre, no deja de haber un remanente, una pequeña compañía de fieles que honraba y amaba al Señor, y que halló en Él su centro, su objeto y su deleite. «Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve» (cap. 3:16-18).

¡Cuán bello es todo esto! ¡En qué contraste se halla con el estado general de las cosas! Si recorremos toda la historia de la nación de Israel, no encontraremos nada semejante. ¿Dónde leemos que fuera «escrito libro de memoria delante de Jehová»? Solamente aquí. No encontramos nada de ello ni siquiera durante las brillantes victorias de Josué y de David, ni tampoco en los esplendorosos días de Salomón. Puede alegrarse que ello no era necesario. Pero no se trata de eso. Lo que debemos ponderar es el notable hecho de que las palabras y los caminos de este endeble remanente, en medio de una creciente iniquidad, fueron tan placenteros al corazón de Dios que Este hizo escribir un libro de memoria acerca de ellos. Y podemos afirmar sin titubeos que las palabras de estas almas fieles fueron más gratas al corazón de Dios que los cantores y trompeteros del tiempo de Salomón: «Hablaron cada uno a su compañero». [2] «Los que temen a Jehová y... piensan en su nombre». Había una fidelidad individual, una devoción personal; amaban al Señor, y esto los atrajo y mantuvo juntos.

[2] N. del T. – Muchas versiones –incluyendo la Versión Autorizada inglesa que utiliza C.H.M. para las citas bíblicas– vierten esta frase de la siguiente manera: «Los que temían a Jehová se hablaban con frecuencia unos a otros».

Nada podría ser más hermoso. ¡Ojalá que haya más de este espíritu entre nosotros! ¡Cuánta necesidad tenemos de obrar como este remanente, al margen de todo el conocimiento del que podamos jactarnos! Estos santos no hicieron nada grandioso ni rimbombante a los ojos de los hombres; pero ¡ah! amaban al Señor, pensaban en él, y su común fidelidad a Dios los juntó para hablar de él. Esto es precisamente lo que hacía encantadoras sus reuniones, gratas y deleitables para el corazón de Dios. Ellos brillaban con un intenso y hermoso resplandor sobre el fondo sombrío de la religión mercenaria, motivada solo por el salario y por la rutina, sin un corazón para Dios, en medio de la cual estaban envueltos. Ellos no estaban unidos por ciertos puntos de vista o por ciertas opiniones comunes; ningún servicio ritualista ni observancia ceremonial los unía; no, lo que los unía era una profunda devoción personal al Señor, grata a Su corazón. Él estaba cansado de todo este sistema ritualista y sin realidad que profesaba la masa, pero halló agrado en la genuina devoción de algunas almas preciosas que procuraban estar reunidas tantas veces como podían para hablarse unas a otras y para animarse mutuamente en el Señor.

¡Oh, si esto se experimentase más entre nosotros! Es mucho lo que lo anhelamos. Confesamos al lector que nuestro deseo vehemente al escribir estas líneas es fomentar esta devoción. Nos asusta sobremanera la influencia desecante y paralizante del formalismo y de la rutina religiosa. Corremos el peligro de caer en una rutina y de proseguir la marcha día a día, semana tras semana, año tras año, de una manera pobre, fría y puramente formal, ofensiva para el corazón lleno de amor de nuestro adorable Salvador y Señor, quien desea verse rodeado de una compañía de seguidores sinceros y piadosos, fieles a su nombre y a su Palabra; fieles los unos a los otros por amor de su nombre; una compañía de discípulos que busque servirle de toda manera justa entretanto espera ardientemente su bendita venida. ¡Que el Espíritu Santo obre con poder en el corazón de todo el pueblo de Dios, reanimando, restaurando, reavivando y preparando una compañía que reciba con regocijo al Esposo celestial! No cesamos de pedir por ello a nuestro Dios.

2 - El remanente en el Nuevo Testamento

Antes de concluir este escrito, deseo presentar todavía al lector dos o tres ilustraciones más tomadas de las preciosas páginas del Nuevo Testamento.

Al comienzo del *evangelio de Lucas* tenemos el hermoso cuadro de un remanente en medio de una profesión vacía y sin corazón. Oímos las piadosas expresiones

de los corazones de María, de Elisabet, de Zacarías y de Simeón. Vemos a Ana, la profetisa, que hablaba de Jesús a todos los que esperaban la redención en Jerusalén. Recuerdo haber oído decir a mi querido y venerado amigo J.N.D. respecto de Ana: “No sé exactamente cómo ella se las arreglaba para llegar a todos, pero sé que lo hizo”. Ella llegaba a todos porque amaba al Señor y a aquellos que le pertenecían, y era su deleite dar con ellos para hablarles de Jesús. Es el mismo caso del remanente que vimos en Malaquías. Nada puede ser más precioso ni más refrescante para el corazón. Era el fruto exquisito y fragante de un verdadero y profundo amor por el Señor, en contraste con las fatigantes y odiosas formas de una religiosidad muerta.

Pasemos ahora a considerar la *epístola de Judas*. Allí vemos a la cristiandad apóstata bajo todas sus terribles formas de iniquidad, así como en Malaquías habíamos visto al judaísmo apóstata. Pero nuestro objetivo no es ocuparnos de la cristiandad apóstata, sino del *remanente cristiano*. Bendito sea el Dios de gracia que nunca deja de haber un remanente, distinguido de la masa de profesión corrupta, y caracterizado por la fidelidad y devoción a Cristo, por el celo hacia Sus intereses y por el afecto genuino hacia cada miembro de Su amado Cuerpo.

A este remanente, el inspirado redactor dirige su solemne y trascendente epístola. No se dirige a ninguna asamblea en particular, sino «a los *llamados, santificados*, en Dios Padre, y *guardados* en Jesucristo: *Misericordia y paz y amor* os sean multiplicados» (v. 1-2).

¡Qué bendita posición! ¡Qué preciosa porción! Son *llamados, santificados* (separados) y *guardados*. Tal era su *posición*; mientras que su *porción* era esta: *Misericordia, paz y amor*. Y todo esto es presentado como perteneciente seguramente a todo verdadero hijo de Dios sobre la faz de la tierra antes de que fuera escrita una sola palabra acerca de la embravecida marea de la apostasía que estaba por arrollar a toda la iglesia profesa.

Repetimos y quisiéramos hacer hincapié en la expresión *todo verdadero hijo de Dios*. No basta con ser un profeso bautizado, un miembro afiliado a una denominación eclesiástica, por muy respetable y ortodoxa que sea. En la iglesia profesa –al igual que en el Israel de antaño– el remanente se compone de aquellos que son fieles a Cristo, que se aferran tenazmente a su Palabra en toda circunstancia, que se dedican por entero a sus intereses y que aman su venida. En una palabra, no se trata de ser miembro de una iglesia ni de estar en comunión solo de nombre aquí o allí, con estos o con aquellos, sino de una realidad viviente. Tampoco se trata de una arrogación, de tomar el nombre, sino de pertenecer de veras al remanente; no es

cuestión del *nombre*, sino del *poder* espiritual. Como lo dijo el apóstol: «...conoceré, no las palabras, sino su poder...» (1 Cor. 4:19). ¡Palabras de peso para todos nosotros!

Consideremos ahora las preciosas palabras de exhortación dirigidas al remanente cristiano. ¡Que el Espíritu las invista de poder para el bien de nuestras almas!

«Pero vosotros, amados, recordad las palabras que han sido dichas antes por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo» (v. 17). Los santos son remitidos a las Santas Escrituras y a ellas solamente. No son encomendados a ninguna tradición humana, ni a los Padres de la Iglesia, ni a los decretos de los concilios, ni a mandamientos y doctrinas de hombres; no, a ninguna de estas cosas ni a todas ellas juntas. Estas no pueden sino perturbar, confundir y extraviar. Somos exhortados a dirigirnos a la preciosa y pura Palabra de Dios, a esa perfecta revelación que ÉL, en su infinita bondad, ha puesto en nuestras manos, y que puede hacer a un niño «sabio para la salvación», y a un hombre, «*santificado*, útil al dueño, y preparado para *toda obra buena*» (2 Tim. 3:15; 2:21).

¡El Señor sea alabado por este inefable favor! No hay lenguaje humano capaz de expresar la importancia de poseer, para nuestra guía, una autoridad divinamente establecida. Todo lo que necesitamos es ser absoluta y completamente gobernados por ella, atesorarla en nuestros corazones, tenerla actuando en nuestras conciencias, formando nuestro carácter, y gobernando nuestra conducta en todas las cosas. Darle a la Palabra de Dios su lugar, es uno de los rasgos que caracterizan al remanente cristiano. No lo es la infundada e intrascendente fórmula: “*La Biblia y solo la Biblia es la religión de los Protestantes*”. El protestantismo no es la Iglesia de Dios; no es el remanente cristiano. La Reforma fue el resultado de una obra bendita operada por el Espíritu de Dios; pero el protestantismo, en todas sus ramas y denominaciones, es lo que el hombre ha hecho de la Reforma. En el protestantismo, la organización humana ha desplazado a la obra viva del Espíritu, y la forma de la piedad ha desplazado al poder de la fe individual. Ninguna denominación, como quiera que se llame, puede ser considerada como la Iglesia de Dios o como el remanente cristiano. Es de suprema importancia moral ver esto. La iglesia profesa ha fracasado por completo; su unidad corporativa y visible se ha desintegrado de forma irremediable, tal como lo vemos en la historia de Israel. Pero el remanente cristiano está integrado por todos aquellos que sienten y reconocen de todo corazón la ruina, que son gobernados por la Palabra de Dios y conducidos por el Espíritu en separación del mal para esperar a su Señor.

Examinemos de qué manera estos rasgos vuelven a aparecer en las preciosísimas

palabras con que Judas se dirige al remanente: «Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe y orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, para vida eterna» (v. 20-21).

Aquí, pues, tenemos una vista preciosa del verdadero remanente cristiano y de las actividades de quienes lo componen. Nada puede ser más bello. Se puede preguntar: “¿A quiénes se dirigen estas palabras?” He aquí la respuesta: «A los que son llamados, amados en Dios Padre, y guardados por Jesucristo» (v. 1), en la época que fuera y dondequiera se encuentren. Nada puede ser más simple y excelente. Es perfectamente evidente que estas palabras no se aplican ni pueden aplicarse a meros profesos, ni a ningún cuerpo eclesiástico debajo del sol. En una palabra, ellas se aplican únicamente a los miembros vivos del Cuerpo de Cristo. Todos ellos deberían hallarse juntos, edificándose sobre su santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservándose en el amor de Dios y esperando a su Señor.

Tal es el remanente cristiano, así como en Malaquías habíamos visto al remanente judío. Nada puede ser más hermoso. Es la posición en que deberían hallarse todos los verdaderos cristianos. No hay ninguna pretensión de ensalzarse para ser algo, ningún esfuerzo por negar o ignorar el triste y solemne hecho de la completa e irremediable ruina de la iglesia profesada. Es el remanente cristiano en medio de las ruinas de la cristiandad, el remanente fiel a la Persona de Cristo y a su Palabra, unido en amor, en el verdadero amor cristiano; no en el amor de una secta, de un partido o de un círculo exclusivista; es el amor en el Espíritu, el amor hacia «todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable» (Efe. 6:24). Es el amor que se expresa en una verdadera devoción a Cristo y a sus intereses; un ministerio de amor hacia todos los que le pertenecen y procuran reflejar su Persona en todos sus caminos. No es descansar simplemente en una posición a pesar de estar uno en una mala condición espiritual, pues tal indiferencia sería caer en una terrible trampa del diablo. Por el contrario, se trata de una saludable unión de posición y condición en una vida caracterizada por principios sanos y por un andar práctico rebosante de gracia. Es, en resumidas cuentas, el reino de Dios establecido en el corazón y desarrollándose en toda la vida práctica.

Tal es, pues, la posición, la condición y la práctica del verdadero remanente cristiano. Y podemos estar seguros de que cuando estas cosas son realizadas y llevadas a cabo, se experimentará un tan riquísimo deleite en Cristo, una tan plena comunión con Dios y un tan claro testimonio de la gloriosa verdad del cristianismo del Nuevo Testamento como jamás se vio siquiera en los días más esplendorosos de la

historia de la Iglesia. En una palabra, tendrá lugar aquello que glorifique el nombre de Dios, que regocije el corazón de Cristo y que hable con vivo poder al corazón y a la conciencia de los hombres. Quiera Dios, en su infinita bondad, concedernos la gracia de ver estas brillantes realidades en este día sombrío y malo, de manera de ser un nuevo ejemplo de este gran hecho de que cuanto mayor es la ruina, más rica es la gracia; y cuanto más profundas son las tinieblas, más brillantes son los destellos de la fe individual.

Echemos todavía una ojeada a los mensajes dirigidos a las cuatro últimas de las siete iglesias mencionadas en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis. La iglesia en *Tiatira* nos brinda la historia de la Iglesia durante esos largos y tristes siglos de la Edad Media, cuando densas tinieblas cubrían la tierra, y cuando el papado –la mancha moral más negra que jamás ha conocido el Universo– reinaba con el consabido carácter de Jezabel.

En el mensaje dirigido a la asamblea en Tiatira se observa un pronunciado cambio, cuando uno lo compara con los tres precedentes, indicado por tres hechos notables:

1. Por primera vez encontramos un mensaje que hace referencia a un remanente.
2. Allí también leemos por primera vez acerca de la venida del Señor.
3. Vemos que la exhortación a oír ya no se dirige más a la asamblea, sino al vencedor.

Ahora bien, estos hechos demuestran, fuera de toda duda, que en Tiatira se abandona toda esperanza de restaurar a la Iglesia como cuerpo. «Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero ella no quiere arrepentirse» (v. 21). En lo que respecta a la iglesia profesada, su situación es irremediable. Pero aquí, un remanente es distinguido y alentado, no con la esperanza de un mundo convertido y de una iglesia restaurada, sino con la brillante y bienaventurada esperanza de la venida del Señor como «la estrella de la mañana» (v. 28). «Pero a vosotros, a los demás [3] que están en Tiatira, a cuantos no aceptan esta enseñanza, [4] y que no han conocido las profundidades de Satanás (como dicen ellos), os digo: No echo sobre vosotros otra carga. Sin embargo, retened lo que tenéis hasta que yo venga» (v. 24-25; V.M.).

[3] N. del A. – La palabra vertida «(los) demás» (remnant = remanente, en la Versión Autorizada inglesa) en griego es *loipos* (= el resto, el remanente), y es de la misma raíz que la palabra vertida *remanente* en *Romanos 11:5* (*leimma*). Ambas derivan de *leipō* = dejar. Cabe señalar que el conjuntivo

griego kai = «y», que aparece en nuestra versión Reina-Valera («y a los demás... »), está omitido en todo manuscrito griego de valor.

[4] N. del A. – En griego didachê (= enseñanza, doctrina) es de la misma raíz que el verbo didaskein (= enseñar), lo que estaba haciendo Jezabel.

Tenemos, pues, aquí una vista muy interesante del remanente cristiano. No es la iglesia restaurada, sino un cierto número de fieles que forman una compañía distintiva, purificada de la doctrina de Jezabel, que había rechazado «las profundidades de Satanás» y que persevera hasta el fin. Es de la mayor importancia que el lector tenga en claro el hecho de que las cuatro últimas iglesias –es decir, los cuatro estados de la Iglesia que ellas representan– continúan juntas, de forma sincrónica, hasta el fin. Esto simplifica notablemente todo nuestro estudio, y nos presenta al remanente cristiano de una manera muy práctica y definida. No se menciona ningún remanente recién en Tiatira. Entonces se da por perdida toda esperanza de restauración colectiva. Este simple hecho derriba completamente las pretensiones de la iglesia de Roma desde sus mismos cimientos. Ella nos es presentada como un sistema apóstata e idólatra, amenazada con el juicio de Dios; mientras que el Señor se dirige a un remanente que nada tiene que ver con ella. Baste con lo dicho en cuanto a la pretendida iglesia infalible y universal de Roma.

Pero, ¿qué diremos de **Sardis**? ¿Se trata de la Iglesia restaurada? Nada de eso. «Tienes *nombre* de que vives, y *estás* muerto» (3:1). Esta no es ninguna iglesia restaurada o reformada, sino algo muerto, a la que el Señor *amenaza* con venir *como ladrón*, en lugar de alentarla con darle «la estrella de la mañana». Concretamente, se trata del protestantismo, de un «nombre» solamente, de obras que no son halladas «perfectas» delante de Dios. ¿Y qué viene luego?: El remanente cristiano. «Pero tienes *unos pocos nombres* en Sardis que no han ensuciado sus ropas; y *andarán* [no que *tú andarás*] conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos» (v. 4). Aquí tenemos un vívido y llamativo contraste entre una fría y muerta profesión nominal y un pequeño número de sinceros y ardientes amantes de Cristo. Es la diferencia entre las *apariencias* y el verdadero *poder*; entre la vida y la muerte.

Este contraste continúa más extendido y más pronunciado en las dos últimas asambleas. En **Filadelfia** tenemos un hermosísimo cuadro de una compañía de verdaderos cristianos, humildes, sencillos y escasos de fuerzas, pero que han sido fieles

a Cristo, han guardado su Palabra y no han negado su Nombre. Cristo y su Palabra son atesorados en el corazón y confesados en la vida práctica. Se trata de una realidad viviente y no de una forma sin vida. Nada puede superar la belleza moral de todo esto. Con solo contemplarlo, el corazón es indeciblemente refrescado y edificado. En resumidas cuentas, es Cristo mismo representado, por el Espíritu Santo, en un muy amado remanente. No hay ninguna pretensión de ser algo grande, ninguna arrogación de superioridad: Cristo es todo. Su palabra y su Nombre son de gran precio para el corazón. Parece que aquí hubiésemos arrancado y juntado un hermoso racimo con todos los rasgos morales de los diversos remanentes que hemos estado considerando, exhalando todos juntos, cual flores abiertas, un muy fragante perfume.

Ahora bien, todo esto es muy grato al corazón de Cristo. No es cuestión de realizar grandes servicios, de emprender obras poderosas ni de hacer nada llamativo ni espléndido a los ojos de los hombres. No; es algo mucho más precioso para el Señor; es la calma, completa y profunda apreciación de Él mismo y de su Palabra. Esto es mucho más precioso para Él que los servicios más vistosos y los sacrificios más suntuosos que pudieran realizarse. Lo que el Señor busca es un lugar en el corazón. Sin esto todo es vano: ceremonias, sacramentos, servicios ritualistas, actividades religiosas; todo carece absolutamente de valor. Pero el más leve suspiro de los afectos del corazón por Él, le es preciosísimo. Oigamos lo que dice nuestro adorable Señor, cuando derrama su amante corazón ante esta querida compañía filadelfa, el verdadero remanente cristiano: «Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Conozco tus obras. Mira, he puesto delante de ti una puerta abierta que nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado *mi palabra*, y no has negado *mi nombre*. He aquí, entrego a algunos de la sinagoga de Satanás [aquellos emplazados sobre el presuntuoso terreno de la religión tradicional], de los que dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten; y los haré venir y postrarse ante tus pies, para que sepan que yo te he amado. Porque has guardado y perseverado en mi palabra [no de mi *poder*], yo también te guardaré de la hora de la prueba [5] que ha de venir sobre todo el mundo habitado, para probar a los que habitan sobre la tierra» [6] (v. 7-10).

[5] N. del A. – El lector debe distinguir entre «la hora de la prueba», mencionada aquí, y «la gran tribulación», en Mateo 24:21. Esta última se refiere exclusivamente a Jerusalén y a la nación judía. La primera vendrá sobre «toda la tierra habitada» (*tês oikoumenês olês*).

[6] N. del A. – *tous katoikountas*, esto es, los que tienen su hogar o morada en la tierra, en contraste con aquellos cuya ciudadanía está en los cielos.

El Señor Jesucristo se compromete en su gracia a guardar a su amada Asamblea fuera de la terrible hora de la prueba que vendrá sobre toda la escena de este mundo. Antes que un solo sello se haya abierto, que una sola trompeta haya sonado o que una sola copa haya sido derramada, él tendrá a su pueblo celestial consigo en su hogar celestial. ¡Bendito sea su Nombre por esta esperanza resplandeciente, bienaventurada y tranquilizadora, que colma de gozo el corazón! ¡Ojalá que vivamos en el poder de ella entretanto aguardamos que nuestro gozo sea cumplido!

Pero tenemos que leer todavía la última parte de este exquisito mensaje dirigido a la iglesia de Filadelfia, tan lleno de consuelo y estímulo para los santos: «Vengo pronto; retén firme lo que tienes, para que nadie tome tu corona. Al que venciere, haré que sea una columna en el templo de mi Dios, y no saldrá más de allí; y escribiré sobre él el nombre de *mi Dios*, y el nombre de la ciudad de *mi Dios*, la nueva Jerusalén, que descende del cielo, de *mi Dios*, y *mi nombre nuevo*».

Nada podría sobrepasar la gracia que resplandece en estas palabras. Jehová habló palabras de gracia a su amado remanente en los días de Malaquías: «Y serán para mí especial tesoro... en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros...» ¿Quiénes? ¿Los que han hecho grandes cosas, grandes sacrificios, una gran profesión religiosa o los que tienen un gran nombre? No, sino a: «*los que teméis mi nombre*, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán cenizas bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Malaquías 3:17 al 4:3).

Comparando los dos pasajes, vemos que entre los remanentes judío y cristiano existen puntos de similitud y de contraste. No podemos detenernos a considerarlos aquí debido a que nuestro objetivo es simplemente ilustrar que en los días más oscuros hallamos un remanente piadoso, querido para Dios y para Cristo, a quien Él se dirige en los términos más dulces y tiernos, que consuela con la seguridad más preciosa

y que alienta con las más brillantes esperanzas. Esto es lo que tenemos sobre todo en el corazón para presentar a toda la Iglesia de Dios a los efectos de urgir a todo miembro del amado cuerpo de Cristo sobre la faz de la tierra a apartarse de todo lo que sea contrario al pensamiento de Dios, tal como está revelado en su Palabra, y a abrazar la posición, la actitud y el espíritu del verdadero remanente cristiano.

Solo haré referencia a un punto que marca la diferencia entre los dos remanentes de la manera más clara. El remanente judío es alentado por la esperanza de la aparición del «Sol de justicia» (Mal. 4:2), mientras que al remanente cristiano se le concede un privilegio muchísimo más elevado, esplendoroso y dulce: el de esperar «la estrella resplandeciente de la mañana» (Apoc. 2:28). Una criatura es capaz de entender la diferencia entre estas dos cosas. La estrella de la mañana aparece en el cielo mucho antes de que salga el sol, y así también la Iglesia encontrará a su Señor como «la estrella de la mañana» antes de que los rayos del Sol de justicia caigan, con su poder sanador, sobre el remanente de Israel, temeroso de Dios.

No quisiera terminar sin decir unas palabras sobre *Laodicea*. Nada puede ser más vívido o notable que el contraste que existe, en todos los aspectos, entre Laodicea y Filadelfia. Laodicea representa el último período del cuerpo profeso cristiano. Está a punto de ser vomitada como algo intolerablemente nauseabundo para Cristo. No se trata aquí de crasa inmoralidad. A los ojos de los hombres podrá tener una apariencia muy respetable, pero para Cristo, es un estado muy repugnante, caracterizado por la tibieza y la indiferencia: «Conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Quisiera yo que fueras frío o caliente! Así, porque eres tibio, y ni caliente ni frío, voy a vomitarte de mi boca» (v. 15-16).

¡Cuán solemne es hallar a la iglesia profesa en semejante condición! ¡Cuán rápidamente pasamos de las delicias de Filadelfia –con todo lo que ella tenía de precioso para el corazón de Cristo– a la atmósfera desecante de Laodicea, donde no existe ningún rasgo compensatorio, nada que dé reposo al alma! Lo único que se ve es una fría indiferencia hacia Cristo y sus intereses, junto con la más triste satisfacción de sí mismo. «Porque dices: ¡Soy rico, me he enriquecido, y *de nada tengo necesidad!* Y no sabes que tú eres el desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo; te aconsejo que compres de mí oro acrisolado en el fuego, para que seas rico; y vestiduras blancas, para que te vistas, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y colirio, para ungirte los ojos, para que veas» (v. 17-18).

¡Cuán solemne es todo esto! La gente se jacta de sus riquezas y pretende no tener necesidad de nada, ¡y Cristo está afuera! Han perdido el sentido de la justicia divi-

na –simbolizada por el «oro»– y de la justicia humana práctica –representada por las «vestiduras blancas»–; sin embargo, están llenos de sí mismos y de sus propias obras –todo lo contrario a la querida compañía filadelfa. En Filadelfia no hay nada que reprobar; en Laodicea, nada que encomiar. En la primera, Cristo es todo; en la segunda, él está efectivamente fuera y la iglesia es todo. ¡Qué espantoso es considerar esto! Estamos precisamente en el fin; hemos llegado a la última fase solemne de la Iglesia como testigo de Dios en la tierra.

Sin embargo, aun en medio de este deplorable estado de cosas, la gracia infinita y el inmutable amor de Cristo no dejan de brillar con su incomparable esplendor. Cristo está afuera –esto nos dice lo que es la Iglesia. Mas él golpea, llama y espera –esto nos dice lo que Él es. ¡Que el universo entero alabe su Nombre por la eternidad! «Yo reprendo y disciplino a todos los que amo; ten fervor, pues, y arrepíentete» (v. 19). Se ofrecen oro, vestiduras blancas y colirio. El amor desempeña distintas funciones, se reviste de diversos caracteres; pero todavía es el mismo amor. Jesucristo es «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebr. 13:8), aun cuando tenga que «reprender y castigar». Aquí la actitud del Señor y su acción son de suma significación, tanto con respecto a la Iglesia como a sí mismo. «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» [7] (v. 20).

[7] N. del A. – Es un grave error aplicar Apocalipsis 3:20 a un pecador inconvertido. Usar el versículo de esta forma es privar a la iglesia profesa de un muy solemne e importante llamado. No se trata de Cristo golpeando a la puerta del corazón del pecador, sino a la puerta de la iglesia. ¡Cuán solemne! ¡Cuán sugestivo! ¡Oh, que todos los cristianos profesos lo ponderen!

En la iglesia de Sardis se habla del remanente como de «unos pocos nombres»; en Laodicea leemos: «si alguno...»; aparece un «si». Mas si hubiere un solo oído que oyere, si hubiere uno solo que abriere la puerta, ese de seguro tendrá el elevado privilegio, el inmenso favor de cenar con Cristo, de tener a ese preciado Salvador por huésped e invitado. «Cenaré con él y él conmigo». Cuando el testimonio colectivo ha quedado reducido a su mínima expresión, la fidelidad individual es recompensada por una comunión íntima con el corazón de Cristo. Tal es el amor infinito y eterno de nuestro amado Salvador y Señor. ¡Oh, quién no querría confiar en Él, alabarle, amarle y servirle!

Y ahora, querido lector cristiano, al despedirme de Ud., quisiera suplicarle encareci-

da y afectuosamente que se una a nosotros en oración para pedirle a nuestro Dios, al Dios de gracia, que avive los corazones de su amado pueblo por todo el mundo para procurar una marcha cristiana más pronunciada, sincera y devota; para apartarse de todo lo que sea contrario a su Palabra; para ser fieles a ella y a su nombre en este día sombrío y malo, y para hacer realidad la verdad que hemos considerado en este escrito, a saber, *que cuanto mayor es la ruina, más rica es la gracia; y cuanto más profundas son las tinieblas, más brillante es el resplandor de la fe individual.*

P.S. Siento que no podría cerrar estas páginas sin agregar unas palabras sobre la inmensa importancia de mantener un amplio, claro y enérgico testimonio evangélico. «Haz obra de evangelista» es la exhortación que el amado apóstol Pablo dio a su querido hijo Timoteo desde su prisión en Roma en vista de la ruina total de la iglesia profesa (2 Tim. 4:5); y verdaderamente, las circunstancias en que estas palabras fueron escritas les confiere una fuerza muy conmovedora y particular. Venga lo que viniere, Timoteo debía continuar anunciando las buenas nuevas de la salvación de Dios. Él podría haber sido tentado a abandonarlo todo desesperadamente y a decir: Todo está en ruinas, la gente no quiere escuchar el Evangelio, “no sufrirán la sana doctrina”.

La fe dice: No; nunca debemos darlo todo por perdido; el Evangelio de Dios debe ser predicado a toda criatura debajo del cielo. Y aunque los hombres lo rechacen, Dios es glorificado y su corazón reconfortado cuando el precioso mensaje de su amor llega a oídos de los pecadores perdidos. Quisiéramos alentar a todo amado evangelista sobre la faz de la tierra recordándole que por mucho que haya fracasado la Iglesia como testigo de Dios ante el mundo, el precioso Evangelio proclama lo que Él es para todo pobre, angustiado y arruinado pecador que solo quiera confiar en Él. Este es el pensamiento que nos ha animado durante 48 años de obra evangélica, cuando desgarras a uno el alma contemplar el miserable estado en que se hallaba, y se halla, la Iglesia.

Y cuando hablamos de la obra de evangelización, no debemos limitarla a los salones o edificios donde se reúne la iglesia, para lo cual se requiere naturalmente un don específico proveniente de la Cabeza de la Iglesia. Creemos que es el dulce privilegio de todo hijo de Dios hallarse en una condición de alma tal que exhale las buenas nuevas hacia las almas individuales en la vida privada. Debemos confesar que nuestro anhelo es que esto abunde más entre nosotros. Independientemente de cuál sea nuestra posición en la vida o nuestra esfera de actividad, debemos procurar con vehemencia y con oración la salvación de aquellos con quienes estamos en contacto a diario. Fallar en esto implica que no estamos en comunión con el corazón de

Dios ni con la mente de Cristo. En los evangelios y en los Hechos de los Apóstoles tenemos muchísimos ejemplos de esta hermosa obra individual. Así, «Felipe halló a Natanael», y Andrés «halló primero a su hermano Simón» (Juan 1:45, 41).

¡Cuánto más quisiéramos ver de esta importante y bella obra personal en privado! Es reconfortante para el corazón de Dios. Somos muy propensos a caer en una forma de rutina y a estar satisfechos con invitar a la gente a los locales de reunión para escuchar una predicación. Esto está muy bien y es muy importante en su lugar. No escribiríamos una sola línea en desmedro del valor de este servicio; pero, al mismo tiempo, no podemos menos que tomar conciencia de nuestra triste falta en esta obra personal de amor hacia las almas.

¡Quiera el Señor de gracia despertar los corazones de todo su amado pueblo, a fin de que sientan un más vivo interés por la bendita obra de evangelización, dentro y fuera de casa, en público y en privado!